

ALBERT PIJUAN
El Gran Reemplazo

TRADUCCIÓN DE RUBÉN MARTÍN GIRÁLDEZ

narrativa sexto piso



El Gran Reemplazo

ALBERT PIJUAN

TRADUCCIÓN DE RUBÉN MARTÍN GIRÁLDEZ



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © LIBRES DEL 9 ANGLE S. L. & ALBERT PIJUAN, 2024
Esta edición c/o SALMAIALIT, AGENCIA LITERARIA

Primera edición: 2024

Imagen de portada
© CLARA IRIS

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2024
América, 109
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Formación
GRAFIME

Impresión
LIBERDÚPLEX

ISBN: 978-84-10249-19-6
Depósito legal: M-18200-2024

Impreso en España

SERA: How do you feel?

BEN SANDERSON: Like the kling klang king of the rim
ram room.

Leaving Las Vegas

CAGEPILAR I UN PÓRTICO A CAGEPILAR

¿Qué nos hace humanos? ¿Qué fuerza misteriosa provoca el salto de cúmulo de individuos a comunidad? ¿Qué significa *civilización*? ¿Qué hace, en definitiva, que seamos lo que somos? No esperéis que llegue yo ahora a ninguna respuesta definitiva en este articulito. Lo que sí puedo decir es que el meollo de todas las dudas existenciales puede entreverse en sus cristalizaciones palpables: las expresiones culturales, que las hay de todo tipo y abundan allá donde miremos. Un imperdible nos dice de la civilización lo mismo que un aeropuerto. Arte, economía, ciencia, tecnología... Cualquier persona sin instrucción formal podría hacer una lista de cientos de miles de expresiones culturales, materiales o simbólicas.

Ahora bien, después de muchas encuestas efectuadas en el ámbito más cercano, he constatado con desencajada sorpresa que todo el mundo obvia una, que por otra parte es tan común que obliga a todos a significarse al respecto. Esto me llevó a reflexionar sobre el motivo de dicho olvido. Señalo y acuso a las esferas académicas, a todas las escuelas de pensamiento y a cualquier individuo que disponga de un altavoz público como responsables de esta falta. Es asombroso, e incluso me atrevería a decir que negligente, de una abulia pasmosa, que una de las expresiones culturales que comparte toda persona de cualquier condición y época se haya visto tan desatendida desde el ámbito de la reflexión. No es ya que se encuentre a la cola de los temas a tratar con seriedad, sino que lo más habitual es que ni siquiera aparezca.

La relación con esta expresión cultural es más corriente que la muerte, siempre magnificada en los tratados culturales y mucho más significativa que otros elementos, sobrerrepresentados a mi parecer, como podrían ser el sexo, pues con esta expresión olvidada los humanos sí se relacionan a diario, con más frecuencia que con la de la copulación, y además cubre un período más extenso, por delante y por detrás, que el de la etapa fértil. De hecho, suele ser motivo de preocupación desde el día en que nacemos hasta las horas *post mortem*, y la relevancia del engranaje cultural solo se puede equiparar al vestirse, con la diferencia de que este elemento obviado lo llevamos incorporado con nosotros *de serie* y, por tanto, si sociólogos y antropólogos me permiten la *boutade*, afirmo que nos es mucho más «natural».

Freno ya el circunloquio para girar el foco hacia el invitado medio oculto en la penumbra del fondo de la sala: me refiero, lógicamente, al pelo, o al peinado, que es como llamaríamos a la expresión cultural de la cosa biológica.

No ha existido jamás un colectivo humano que no haya tomado una posición clara sobre el peinado. El salto de hombre de las cavernas a hombre civilizado se marca con un hito: el uso codificado de los peinados, el antes y el después del trabajo y la atención por el pelo. En las culturas más antiguas se empleaba lo que se tenía más a mano para el acicalamiento capilar, para culturizarnos (¿podríamos decir humanizarnos?) el pelo. Huesos, semillas, piedras, conchas marinas, pieles: tecnología rudimentaria pero tecnología al fin y al cabo. Una vez el *Homo sapiens* logra elaborar tejidos, el primer uso que les da es, simultáneamente, cubrirse el cuerpo y adornarse el pelo. Y solo tenemos que observar la sociedad contemporánea para darnos cuenta de que cualquier grupo construye su identidad y se hace reconocible por medio de la vestimenta y el peinado. Pero, así como el vestir ha dispuesto de una amplia cuota de pantalla espoleada, sobre todo, por las dinámicas económicas del último estadio del capitalismo, todo el mundo puede constatar que el peinarse no ha recibido la misma dedicación, pese a ser igual

de relevante o incluso más. No debe de ser ajeno a este curioso fenómeno el punto que señalaba anteriormente sobre la conjetura económica, y es que cualquier lector podría mencionar corporaciones transnacionales o individuos multimillonarios vinculados al mundo de la confección y la moda, algunos, incluso, listados en *Forbes*, con casos extremos como los magnates del Reino de España, donde tres de los diez primeros multimillonarios pertenecen al impúdico sector textil. Os invito amablemente a buscar, no ya en la lista de *Forbes*, sino entre la oligarquía más regional, un solo ricachón que esté allí en calidad de peluquero o de gerente de peluquerías. Y, sin embargo, ¿quién no ha puesto nunca un pie en una peluquería? Quizá ha sucedido hoy mismo, o tal vez incluso estás leyendo este papel mientras esperas tu turno en uno de esos templos esteticoculturales. En cambio, las probabilidades de que hayas acudido hoy a un establecimiento de venta minorista de ropa o que estés leyendo estas líneas mientras haces cola en los probadores de una franquicia textil son ínfimas. Además, desde la aparición de los *prêt-à-porter*, la relación equivalente al peluquero, que en teoría es el sastre, ha quedado reservada a los sectores sociales más exclusivos y cerrados, y nadie considera que decir «mi barbero» sea una declaración ostentosa como sí sucede cuando alguien se pone en la boca la expresión «mi sastre». El mundo de la peluquería es de los pocos que, en la sociedad actual, mantiene ese vínculo que ahora puede antojársenos arcaico, que es el de la relación directa, táctil, con otro ser humano. Es uno de los pocos oficios donde la robótica no podrá meter las narices, ni tampoco las empresas de reparto inmediato a domicilio ni ninguna otra dinámica surgida de las mentes retorcidas del Valle de Silicona. Todo el mundo ha tenido más relación con un peluquero que con el dependiente de una tienda de ropa, y por si no bastase, esta relación está teñida de una intimidad innegable. El peluquero es la persona de quien más podemos decir «me he puesto en sus manos», en un sentido literal y figurado. La confianza y el buen entendimiento entre peluquero y cliente pueden construir relaciones

muy duraderas, y después de pensarlo mucho no he encontrado una relación fuera del ámbito doméstico tan habitual, cercana y propensa al contacto físico que no sea con la figura del amante.

Fruto de estas reflexiones y con el afán de llevar a cabo un humilde intento de romper tan largo silencio, inauguramos con este artículo la serie dedicada al peinado. Entonces, ¿lo que debo esperar a partir de este momento —puedes preguntarte legítimamente, atento lector— es un inventario que podría llevar como título alternativo «Historia de los peinados»? ¿He de esperar, entonces, un catálogo documentado y, tal vez, algún número especial, también ilustrado, que aborde las distintas concepciones que se han tenido sobre el pelo a lo largo de la civilización humana? Antes de responder a esta comprensible inquietud, me veo obligado a pedir disculpas si lo que he escrito hasta ahora ha hecho pensar que este sería el camino recorrido. La respuesta es un no rotundo. No esperes de mí una aproximación antologista y cronológica de la historia del peinado. Como adepto que soy de Walter Benjamin, lo que haré en los siguientes episodios es un ejercicio de microhistoria, bien alejado de las veleidades sistematizadoras propias de otro tiempo. Dejadme, pues, que ponga todas las cartas sobre la mesa. Lo que haremos aquí es tratar un único caso concreto para que nos sirva de mirilla a nuestro *Zeitgeist*, el del resquebrajamiento de la identidad individual, a fin de restituir el valor de esta expresión cultural tan minusvalorada como cotidiana.

Para el propósito de este ensayo era necesario que el objeto de estudio fuese una figura pública, porque de nada serviría que yo me pusiera a elucubrar sobre los peinados de mi tío abuelo; era necesario que, además, contase con una larga exposición en los medios para poder captar la evolución en un período significativo de tiempo y que, en última instancia, problematizase de manera explícita la noción de peinado. Este hecho lo considero importantísimo, porque ha de tratarse de alguien de quien se pueda adivinar una herida abierta y

supurante en la relación con su propio pelo, alguien que muestra autoconsciencia sobre el hecho capilar de la misma manera que un supermodelo exhibe una consciencia presente y continuada sobre su imagen corporal. Meditándolo largamente y habiendo descartado a muchos candidatos, solo he encontrado una figura pública que cumpla todos estos requisitos. Se trata, como ya debes de haber adivinado, del actor Nicolas Cage.

Así pues, retomando la inquietud de unos párrafos atrás: ¿qué puedes esperar, paciente lector, de esta serie que se inicia aquí y hoy? Una indagación del binomio identidad capilar en el marco de la disolución de lo real aplicada al caso de Nicolas Cage y a sus casi cuarenta años de presencia continuada en pantalla. El acercamiento no será cronológico, o por lo menos este no será el parámetro preeminente, sino que intentaré urdir bloques temáticos que profundicen en este vínculo. Para aguijonearte con el veneno de la curiosidad —y también para ayudarte a que te formes una idea anticipada de lo que puedes esperar en esta sección—, anuncio acto seguido el título de la próxima entrega de «Cagepilar», en la cual daremos por terminados los prolegómenos y entraremos en materia sin más circunloquios. Con todo, espero que nos reencontremos en el próximo número para continuar avanzando hombro con hombro, o de la mano si así lo prefieres, en esta investigación compartida hacia el corazón de la batalla por el yo de nuestra contemporaneidad en el episodio titulado «Brillo retráctil: gomina y consolidación identitaria a partir de la casuística italoamericana». Hasta entonces.

DINO DE LAURENTIIS JÚNIOR

PRIMER INGRESO

Después de esperar una hora en una silla que bailaba en una salita sin ventanas; después de un ingreso atropellado a causa de la poca desenvoltura en inglés del subcontratado de turno, que además olía a coliflor; después de haberme tenido que desnudar en una especie de probador de cartulina y de haberme puesto una bata de papel desechable ya usada; después de haberme tenido que resignar a que un celador me transportase en una silla de ruedas cuando soy perfectamente capaz de valerme por mí mismo; después de haber cogido diversos ascensores que solo se activaban con la clave de los empleados; después de un tira y afloja con dos enfermeros que me han escoltado a mi box porque quería demostrarles que podía caminar yo solito pero *el protocolo*, señor, haga el favor; después de que me hayan quitado la venda de los ojos, que me habían puesto nada más entrar en la planta, obligatoria y consentida según lo firmado en el papeleo de admisión; y cuando, ya en mi cama, la idea de venir aquí me ha dejado de parecer por unos momentos tan puñeteramente brillante, justo en ese momento, he oído un tarareo al otro lado de la cortina, en el box de mi compañero de la derecha, una melodía que he reconocido de inmediato pero a la cual he tardado aún unos segundos en ponerle nombre, por la naturaleza del lenguaje, por su lentitud de bajada exasperante, y que no he acabado de confirmar hasta que no ha llegado al estribillo y ha dejado de lado los murmullos para entonar, ahora sí, con voz clara: «Don't break my heart / Don't let me down / Don't break my heart / Don't make me frown». Se trata, evidentemente, del clásico de Den Harrow... ¡cantado por el mismísimo Den Harrow! Me ha

costado un segundo admitir mi buena suerte, la incongruencia de la casualidad, pero no cabe duda... ¡Den Harrow! ¡En la cama de al lado!

—¡Den Harrow! —grito, porque no puedo contener el entusiasmo.

Es cierto que mi mecenas me había avisado de que se trataba de una clínica frecuentada sobre todo por famosos, también es cierto que pensé que intentaba venderme la moto, y en ningún caso me habría imaginado que se refiriese a famosos de semejante talla. Ahora todas las precauciones del centro me parecen lógicas, toda esta paranoia de la privacidad, el aparcamiento individual, los cristales tintados de fuera, la espera en salitas individuales, el fajo de cláusulas de confidencialidad que me han hecho firmar, grueso como una biblia, la severidad del personal, la venda en los ojos, naturalmente, los boxes con las tres cortinas claustrofómicamente cerradas para que no puedas ver a ningún otro cliente o ni siquiera intuir de pasada al paciente que transportan en cama o silla de ruedas deprisa y corriendo por el pasillo central de la sala de ingresados.

—¡Den Harrow! —repito aplaudiendo y girando la cabeza para encontrar esa mirada cómplice con la que compartir la ilusión, pero no hay nadie, claro, solo estoy yo en una cama encajada entre las cortinas y la pared, que tiene un dedo grueso de pintura blanca sobre ladrillos de hormigón estilo refugio nuclear subterráneo.

Den Harrow no responde y yo, para sacudirle de encima la vergüenza, le digo que me puede hablar en italiano, que lo domino como un napolitano nativo, que es de donde era mi padre, bueno, no de Nápoles, sino de Torre Annunziata, justo al lado. Den Harrow, ya en italiano, me dice que le parece que no está permitido que hablemos entre nosotros, yo le digo que no me consta ninguna prohibición a tal efecto, y él me pregunta si me he leído todas las páginas de letra pequeña de los papeles que hemos firmado. Le digo que mientras el personal no nos oiga no pasa absolutamente nada, que estamos al final del pasillo y la puerta se encuentra a dos autobuses de distancia,

que es como desde pequeño calculo lo que son diez metros más o menos. Si alguien nos hubiese oído se habría podido sorprender de que le haya pedido a Den Harrow, la estrella que se presentaba como un «americano de Boston», que me hable en italiano, pero es que yo, por motivos evidentes, soy un *connaisseur* del italo disco y sé perfectamente quién es quién, qué habla quién, quién ha influido a quién, etcétera. La verdad es que Den Harrow, el americano de Boston, es más italiano que el *penne all'arrabiata*; solo hay que repasar alguna de sus entrevistas de los ochenta para darse cuenta: siempre que tenía que hablar en inglés respondía monosilábicamente y cuando se tenía que expresar en su supuesta lengua no materna, el italiano, que, curiosamente, empleaba mucho más a menudo y con mucha más desenvoltura que el inglés, impostaba un acento que en su cabeza debía de ser yanqui, pero que a todo el mundo (menos a los italianos, me imagino) le sonaba a klingon.

—¿Conoces a Angelina de Castro? —le digo.

—No.

—Igual te suena más Gina. Es mi madre. Seguro que la conoces. Trabajasteis juntos, en la época de «Future Brain», si mal no recuerdo. Mediados de los ochenta. Tu estilista.

—Creo que no deberíamos hablar.

Valiente cagueta... ¿Dónde está aquel artista capaz de domar masas enloquecidas con una simple rotación de muslos, el transgresor del estriptis en horario infantil, el ínclito mojadador de ropa interior de todo el abanico de géneros, el cantante acróbata que implosionaba cinco veces al día en cinco escenarios distintos de tres países cofronterizos? ¿Dónde está el olímpico, el revolucionado, el inigualable, el deslumbrante Den Harrow que todos conocíamos? ¿Ahora resulta que le da miedo que unos enfermeros lo oigan charlar con el de la cama de al lado?

Como esta muestra de carácter debilitado me genera dudas razonables, porque me cuesta creer que hayan bastado treinta años para ablandar hasta tal extremo aquella rebeldía colosal, introduzco un dedo en el velcro que une la cortina a la pared (la parte áspera, he de decir, está llena de pelusa negra),

y abro una mirilla al box contiguo. Me extraña ver una cabeza morena, porque si algo distinguía a Den Harrow era aquel pelo rubio incandescente hasta el desmayo. Ensancho un poco la obertura y...

—¡Estafador! —digo un poco más alto de lo que sería prudente, pero es que el individuo que tengo al lado no es Den Harrow, y si hay algo que no soporto es que me tomen el pelo. ¡Con razón este farsante no sabía quién era mi madre!—. ¡Farsante! ¡Tú no eres Den Harrow!

De unas camas más allá se oye a alguien que nos manda callar con un chssst de mucha saliva acumulada en la boca, de ir sondado, imagino.

Le vuelvo a preguntar quién es, porque sé lo que he oído, reconocería esa voz entre millones. La cortina del pasillo se descorre de golpe y una enfermera demasiado parecida a la filonazi de *Alguien voló sobre el nido del cuco* se pone a hablar en un idioma que no reconozco, pero que intuyo que debe de ser turco, aunque, bien mirado, mucha pinta de turca no tiene, normalmente son de ceja gruesa y la nariz un poco de aquella manera, pero también entiendo que si trabajas en una clínica tendrás tus correspondientes descuentos de empleada. Cuando cree que ya me ha puesto en mi sitio, la enfermera cierra la cortina y oigo cómo va arrastrando las zapatillas toda acelerada hacia la otra punta de la sala. Si a la salida me ponen delante una hoja de valoración, pienso plantarles una puntuación no más alta de 6 en el trato del personal.

Me quedo en silencio unos minutos, por precaución. El respunte del extremo de la sábana está deshilachado. Se oye a alguien tosiendo no muy lejos. La tos produce un leve eco, el techo está bastante alto. El farsante de al lado se pone a murmurar no sé muy bien qué. Poco a poco los ruidos van cogiendo forma hasta que acaban convirtiéndose no en un mantra, pero sí en una cantinela que el estafador repite de manera, según mi criterio, claro, un pelín demasiado obsesiva, y que suena así: Den Harrow hijo de mil putas cagado por el culo. Yo soy Den Harrow. Den Harrow no existe. Él no es Den Harrow. Yo

seré Den Harrow. Den Harrow hijo de mil putas cagado por el culo. Yo soy Den Harrow. Den Harrow no existe. Etcétera. Se va calentando él solo con este galimatías e intuyo que debe de tener tantas ganas de despacharse a gusto como yo de entender por qué él no es la persona a quien tendría que corresponder la voz que he oído; que es la misma persona que, en el sonsonete obsesivo, niega ser, afirma ser, desmiente que exista y augura que será. Le pongo un cebo que no sé si picará:

—¿Den Harrow? —le digo.

—¿Sí? —contesta.

—¿Has venido aquí por Den Harrow?

—Sí, sí, sí, sí, sí.

El hombre, con la batería de odio cargada, arranca un monólogo que dura varias horas y que se acaba cuando lo vienen a recoger para llevárselo al quirófano. Encima de su cama hay un fluorescente, su figura se imprime difuminada sobre mi cortina pero lo bastante definida como para que pueda disfrutar de un espectáculo de sombras chinescas de movimientos bruscos y mordiscos en las sábanas alternados con algunos momentos de pausa para recuperar el aliento. Todo él es una rifa, y las frases que dice, los números que van saliendo de manera aleatoria. Poniendo un poco de orden, lo que me viene a decir es más o menos lo siguiente:

Den Harrow no es una persona, sino un ente mental, un proyecto comercial, y así es como se refirieron a este todos los implicados desde el principio: «Proyecto Den Harrow», que no me había dado cuenta de que si no lo pronuncias a la española, que es como pronunciamos los extranjerismos por defecto, si suavizas la hache y las erres, suena «denaro», que es como llaman los italianos al dinero. O sea que el Proyecto Dinero lo conformaban varias personas: el que producía la música, el que conseguía las actuaciones, los estilistas, el que componía las letras y las cantaba y el que ponía el cuerpo. Mi compañero de al lado, Tom de nacimiento, era precisamente el responsable de las letras y la voz. Con Den Harrow se pretendía dar el salto al mercado internacional del italo disco, un

fenómeno que triunfaba sobre todo en Alemania, y para conseguirlo necesitaban a alguien que cantase con un inglés mínimamente aceptable, que se ve que era un perfil no tan fácil de encontrar en la península Apenina a principios de los ochenta. Tom era de padres norteamericanos, criado en Suiza y desembarcado en Italia con el propósito de triunfar en el mundo de la *canzone*. Era, en definitiva, la persona más políglota a la que pudieron acceder las dos mentes que orquestaban el Proyecto: Roberto Turatti y Miki Chierogato.

«Stefano...», dice con asco cada vez que se ha visto obligado a mencionarlo, «Steeefano». Stefano Zandri era el cuerpo, la cara, el movimiento y la energía de Den Harrow. Desde una filosofía dualista de la realidad, diríamos que Tom era el alma de Den Harrow, su aliento, mientras que Stefano era quien ponía la materia. Tom repite varias veces que, en el contrato discográfico, Stefano estaba empleado bajo el epígrafe de «mimo», porque era lo único que hacía, «¡mímica sobre la música que había creado yo!». Ante el éxito meteórico del Proyecto, la discográfica con la que Tom tenía contrato, Baby Records, la misma que producía a Den Harrow, optó por «mandar a la nevera» su carrera como solista y apostar todo a una sola carta, la del *denaro*. Y la jugada les salió tan bien que, en su cénit, llegaron a superar a Michael Jackson en ventas de discos y alcanzaron el número uno de todas las listas de éxitos posibles. Esto sucedió entre los años ochenta y pocos y los ochenta y muchos. A comienzos de los noventa, Tom, viendo que el éxito de Den Harrow no le permitiría acceder jamás a la fama de la que se creía merecedor, se trasladó a Estados Unidos, donde emprendió una carrera como «creador visual» que le reportó el reconocimiento y las ganancias que el italo disco le había negado. Y aquí podría haber acabado su historia de injusticia y tormento, pero no. Porque llegó el siglo XXI y se inventaron las redes sociales, y Tom descubrió que Stefano continuaba haciendo bolos en discotecas, fiestas privadas y galas temáticas de los ochenta como Den Harrow. «El puto mimo no decía nunca nada de mí, ¡ni una sola palabra pública

de agradecimiento a mi voz o a mi pluma! Con una simple mención me habría conformado, ¡solo quería que reconociese que sin mí él no habría sido nada!». Para dar a conocer la Gran Mentira, Tom dio una serie de conferencias vía YouTube que acababan con él cantando *a capella* algunos de los hits de Den Harrow para confirmar su versión de los hechos, su identidad, en definitiva. También inició campañas en change.org, acudió a la prensa... Como nada de esto causó el efecto deseado, Tom se dedicó a intervenir directamente en el muro del perfil virtual de Stefano presentándose como la voz real de Den Harrow, reclamando su cuota de adoración, que ahora acaparaba en exclusiva el tipejo que solo había puesto la *pretty face*. Su única exigencia era que Stefano reconociese que el auténtico artista del Proyecto era él; si no accedía a sus peticiones, le haría la vida imposible.

—¡Stefano... Steeeefano!

Ante la sentida y dilatada invectiva virtual de Tom, la respuesta de Stefano fue un sucinto: «¿Y tú quién eres?». Tom atacó escribiendo: «Soy Tom Hooker, a lo mejor no te acuerdas, era quien componía tus canciones y quien cantaba por ti», a lo cual Stefano replicó: «Ah, sí, ya lo recuerdo, el co-rista».

De inmediato, Tom canceló todas las exposiciones que tenía programadas en la costa oeste y se puso a trabajar en su venganza: relanzaría su carrera como solista, pero esta vez con un repertorio formado únicamente por canciones de Den Harrow. Así todo el mundo vería que él era la auténtica voz detrás del mito. Todo el mundo, pero en especial sus hijos, que eran objeto de burla en el colegio por culpa de las rabetas públicas de su padre y que, finalmente, habían sucumbido al bando de los negacionistas.

La gira norteamericana no fue tan bien como Tom había previsto. En total fueron tres bolos: uno como telonero de Boney M, otro como telonero de uno de los dos de Modern Talking, y el último como número inaugural de una Noche de la Nostalgia en un hotel canadiense. Tuvo que soportar el boicot

de los organizadores, que solían interrumpir sus actuaciones a la mitad por el tono beligerante de los parlamentos de Tom contra Stefano con los que rellenaba el tiempo entre canción y canción y, también, porque no tenían del todo claro si aquella apropiación de los temas de Den Harrow les traería complicaciones legales (porque Tom anunciaba que tocaría *canciones propias* y no de Den Harrow pero es que, técnicamente, las canciones eran suyas, él las había compuesto y cantado; ¿quién llevaba la razón?). Tom no se dio por vencido.

—¡Stefano... Steeeefano!

Se reagrupó con uno de los productores originales de Den Harrow, de quien se había hecho amigo, Miki Chieragato, no con el otro, con quien casi había llegado a las manos, y arrancaron un nuevo proyecto. Un proyecto que también jugaba con la fonética italiana para revelar las intenciones de lo que se había venido a hacer: el Proyecto Tam Harrow, que, dicho a la italiana, «tamarro», significa «escoria». Esta vez se trataba de hacer videoclips y discos que imitasen el sonido, la estética y la actitud del movimiento italo disco y de su máximo exponente, Den Harrow, en clave paródica. Tras dos discos, una decena de singles, media docena de videoclips y ningún bolo como Tam Harrow, y viendo que a Stefano no se le había despeinado ni una ceja, Tom decidió llevar su plan un poco más allá. Por eso está aquí ahora, para culminar su venganza. Con aquella intervención quirúrgica, el golpe de gracia, conseguiría la destrucción de Den Harrow y el nacimiento de Den Harrow. Tom suplantaría a Stefano como el *auténtico* Den Harrow. Entraría en el quirófano físicamente como Tom Hooker y saldría físicamente como Den Harrow, consumando así, por fin, la unión entre espíritu y materia que el mercado había impedido. Tres décadas después del nacimiento de Den Harrow, mente, voz, alma y cuerpo se harían Uno.

«Den Harrow hijo de mil putas cagado por el culo. Yo soy Den Harrow. Den Harrow no existe. Él no es Den Harrow. Yo seré Den Harrow» es lo que ha seguido repitiendo mientras se lo llevaban con la cama pasillo abajo, de camino al quirófano.

¿Y ahora qué? Si vuelve, igual le puedo contar mi historia, cómo he llegado hasta aquí, el fangal donde he acabado metido. Desde el aeropuerto que no descargo. Por la paranoia de la privacidad de la clínica no te dejan ir al lavabo, así que, de momento, solo puedo mear en la bacinica, que ya veremos si es tan práctica para vaciar el vientre, más que nada porque la obertura para plantar el culo se me antoja demasiado conservadora. Levanto las piernas y hago la bicicleta en el aire, para la circulación. Al poco me traen la cena, col con patatas y una tacita de caldo a saber de qué que recuerda al sabor del mejillón a un pasito de la caducidad. Después apagan las luces de la sala y enseguida me duermo.

Cuando es noche cerrada, no tengo manera de saber la hora, todo está a oscuras, oigo el chirriar de unas ruedas. Devuelven a Tom a mi lado. Una pareja de enfermeros o celadores murmuran en voz baja al otro lado de la cortina. A uno se le escapa la risa. Llevan una linterna, enfocan la cama de Tom. Se ha vuelto una sombra patitiesa. Hay un flash, lo fotografian con el móvil. Él no emite ningún ruido. Si ha pasado por una reconversión física integral, me imagino que aún debe de sufrir los efectos de la anestesia. Mañana, con la claridad revitalizante de las mañanas, si le apetece, le contaré este asunto mío. Y también me gustaría preguntarle la duda que me rondaba durante su confesión y que, por el frenesí del discurso, no he conseguido calzar en ningún momento. ¿Por qué, Tom, por qué?